

### ***III. RESPUESTA***

El joven se llamaba Floyd Wells, era bajo y casi no tenía barbillas. Había intentado seguir varias carreras: soldado, bracero, mecánico y ladrón. Esta última le había valido una sentencia de tres a cinco años en la Penitenciaría del Estado de Kansas. La noche del martes 17 de noviembre de 1959 estaba tumbado en su celda con un par de auriculares de radio pegados a las orejas. Escuchaba las noticias, pero la voz del locutor y la falta de interés de los acontecimientos de aquel día («El canciller Konrad Adenauer llegó a Londres ayer para entrevistarse con el primer ministro Harold McMillan... El presidente Eisenhower ha tenido una conferencia que ha durado setenta minutos, sobre problemas espaciales y el presupuesto financiero de los mismos con el doctor T. Keith Gennan»), le estaban provocando sueño. Su somnolencia se desvaneció al instante cuando de pronto oyó: «Los funcionarios encargados de la investigación del trágico asesinato de los cuatro miembros de la familia Herbert Clutter han dirigido al público la petición de que facilite cualquier información que pueda contribuir al esclarecimiento del desconcertante crimen. Clutter, su mujer y sus dos hijos adolescentes fueron hallados asesinados en su finca cerca de Garden City, el pasado domingo por la mañana. Cada uno de ellos apareció atado, amordazado y con un tiro en la cabeza disparado con una escopeta del calibre 12. Los investigadores admiten que les es imposible dar con el motivo del crimen, definido por Logan Sanford, director de la Oficina de Investigación de Kansas, como el más atroz de la historia de Kansas. Clutter, un destacado hacendado, delegado electo de Eisenhower en la Comisión Federal de Crédito Agrícola.»

Wells se quedó atónito. Con el tiempo describiría su reacción diciendo que «no podía creerlo». Sin embargo, tenía buenas razones para creerlo porque no sólo conocía perfectamente a la familia asesinada, sino también a quien había cometido el crimen.

El comienzo había que buscarlo mucho tiempo atrás, once años atrás, en aquel otoño de 1948 cuando Wells tenía diecinueve años. Por entonces, como decía, «iba de un lado a otro del país cogiendo los empleos que le salían al paso».

-Sea como fuere, *fui* a parar allá a Kansas occidental. Muy cerca de la frontera con Colorado. Iba en busca de trabajo y oí decir que en la hacienda River Valley, nombre que puso a su finca el señor Clutter, necesitaban un bracero. Y efectivamente, me aceptó. Trabajé allí cosa de un año, por lo menos todo el invierno, y me fui sólo porque no podía tener quietos los pies en ninguna parte. Necesitaba moverme. No es que tuviera nada contra el señor Clutter. Me trataba muy bien, como trataba a todos los que trabajaban para él. Por ejemplo, si andabas corto un poco antes del día de pago te soltaba siempre cinco o diez dólares. Pagaba buenos salarios, y si te lo merecías te daba una prima. De veras, de todas las personas que he conocido, me quedo con Clutter. Con toda la familia. La señora Clutter y los cuatro hijos. Cuando los conocí, los dos eran pequeños, los que han matado. Nancy y el chaval que llevaba gafas tendrían cinco o seis años. Las otras dos hijas, una se llamaba Beverly y la otra no recuerdo. Iban ya a bachillerato. Buena familia, *buena* de verdad. Me marché de allá por el 49. Luego me casé, me divorcié, después me llamaron a filas, pasaron los años, como se dice, y en junio del 59, diez años después de haber visto al señor Clutter por última vez, me mandaron a Lansing. Por forzar aquella tienda de aparatos. De aparatos eléctricos. Lo que yo pretendía era... pues quería hacerme con alguna que otra cortacésped eléctrica. No para venderlas. Iba a organizar un servicio de alquiler de cortacésped eléctricas. Así, ¿sabe?, podría tener un pequeño negocio propio. Claro, que no conseguí nada... nada más que una condena de tres a cinco años. De no ser así nunca hubiera conocido a Dick y quizás entonces el señor Clutter no estaría en la tumba. Pero así fue. Así es. En Lansing conocí a Dick.

»Fue mi primer compañero de celda. Estuvimos en la misma celda creo que un mes. Junio y parte de julio. El, por entonces, acababa su condena de tres a cinco años, pues lo iban a soltar bajo palabra en agosto. Siempre estaba hablando de lo que planeaba hacer cuando lo

soltaran. Decía que pensaba irse a Nevada, a una de las bases de lanzamiento de proyectiles, que se compraría un uniforme y que se haría pasar por oficial de la fuerza aérea. Así podría despachar una buena sarta de papel mojado. Este era uno de los proyectos que me contó. (A mí él, personalmente, nunca me pareció gran cosa. Era listo, no lo niego, pero el papel no le iba. No se parecía en nada a un oficial de la fuerza aérea.) En otras ocasiones mencionaba a un amigo suyo, Perry. Un tipo indio, con quien compartió celda. Y de los grandes golpes que él y Perry darían cuando se juntaran otra vez. Yo no conocí nunca a Perry. Nunca le he visto. Ya lo habían soltado de Lansing, libertad bajo palabra. Pero Dick repetía siempre que si se presentaba la oportunidad de un golpe grande, sabía que podía contar con Perry Smith verdaderamente.

»No puedo recordar exactamente cómo fue que hablamos sobre el señor Clutter. Debió de ser cuando recordamos los empleos, los distintos trabajos que habíamos hecho. Dick era un experimentado mecánico de coches y casi siempre había trabajado como tal. Sólo una vez tuvo un empleo diferente, como conductor de ambulancia. En un hospital. Se ponía muy petulante hablando de aquello. De las enfermeras, de todo lo que hacía con ellas dentro de la ambulancia. Bueno, al grano. Le conté que yo había trabajado durante un año en un importante campo triguero, en el oeste de Kansas. Para el señor Clutter. Quiso saber si el señor Clutter era un hombre muy rico. Le dije que sí. Que sí lo era. El mismo señor Clutter, le dije yo, me confesó una vez que se le iban diez mil dólares a la semana. Es decir, a veces le costaba diez mil dólares semanales mantener la hacienda en marcha. Y desde entonces nunca jamás dejó Dick de preguntarme cosas de aquella familia. (Cuántos eran? ¿Qué edad tendrían los niños ahora? ¿Cómo se llegaba a la casa exactamente? ¿Cómo estaban dispuestas las habitaciones? ¿Tenía el señor Clutter caja fuerte? No voy a negarlo, le dije que sí que la tenía. Porque me parecía recordar que tenía una especie de armarito o caja fuerte o *algo así*, detrás de la mesa del cuarto que le servía de despacho. Y a partir de entonces, Dick empezó a hablarme de matar al señor Clutter. Decía que él y Perry se irían para allá a robar y matarían a todos los testigos, a los Clutter y a quien quiera que anduviera por allá. Me describió docenas de veces cómo iban a hacerlo, cómo él y Perry iban a atarlos y después a pegarles un tiro. Yo le dije: "Dick, no conseguirás una cosa así sin que te descubran." Pero no puedo, sin faltar a la verdad, decir que traté de persuadirle de que no lo hiciera. Porque nunca, ni por un instante, creí que fuera a hacer semejante cosa. Imaginé que serían sólo palabras, como tantas de las que se oyen en Lansing. Prácticamente no se habla de otra cosa: lo que uno hará cuando salga, los atracos, los robos y vaya a usted a saber. Casi siempre no son más que fanfarronadas. Nadie se lo toma en serio. Por eso, cuando yo oí lo que oí en mis auriculares... bueno... pues no podía creerlo. Pero aun así, había ocurrido. **Tal como lo había dicho Dick.**

Esta era la historia de Floyd Wells, si bien, por el momento estaba muy lejos de contarla. Tenía miedo de hacerlo porque si los demás presos se enteraban de que le llevaba el soplo al alcaide, según sus mismas palabras, «su vida tendría menos valor que un coyote muerto». Transcurrió una semana. Vivía pendiente de la radio, de las noticias del periódico y así se enteró de que un diario de Kansas, el *News* de Hutchinson, ofrecía una recompensa de mil dólares por cualquier información que ayudara a la captura y condena del culpable o culpables del asesinato de los Clutter. Noticia interesante que casi impulsó a Wells a hablar. Pero tenía demasiado miedo aún y no sólo de los demás presos. Había, además, el peligro de que la autoridad lo acusara de complicidad en el delito. Al fin y al cabo, era él quien había guiado a Dick hasta la puerta de los Clutter. Se podía afirmar que él estaba perfectamente al corriente de las intenciones de Dick. Según como se mirase, su situación era ambigua, sus excusas y justificaciones discutibles. Así que no abrió la boca y transcurrieron otros diez días más. Diciembre sucedió a noviembre y los que indagaron el caso seguían, según los artículos de la prensa cada vez más breves (las estaciones de radio habían dejado de mencionar el suceso), tan perplejos, tan faltos de indicios como aquella mañana del trágico descubrimiento.